

Lunes I del TO Ciclo B



8 de enero de 2024

1Sm 1, 1-8

Sal 115

Mc 1, 14-20

Eduardo Suanzes, msp

Los evangelios contienen tres modelos de relato de vocación: el primero es aquel modelo en el que Jesús llama directamente y le siguen (como el texto del evangelio de hoy)¹; el segundo es cuando los seguidores se acercan por propia iniciativa y Jesús los pone a prueba²; y el tercer modelo es aquel en el que algunos deciden seguir a Jesús por mediación de otras personas³.

El texto de hoy corresponde al primer modelo y, en él, Marcos trata de resaltar la acción decisoria de Jesús. En esta narración no hay detalles, el texto es breve y conciso, y en él destaca la autoridad de Jesús: «*vengan conmigo*», dicho lo cual, los pescadores dejan todo y le siguen.

Jesús ocupa el mismo lugar que Dios ocupaba en los relatos de vocación del Antiguo Testamento. En los antiguos relatos era Dios quien llamaba directamente a caudillos y profetas del pueblo para encomendarles una misión. Ahora, Jesús aparece como el enviado de Dios y, por lo tanto, según la mentalidad de aquella cultura mediterránea del siglo I, como tal enviado goza de las prerrogativas de quien le envía; es decir, el enviado de un señor o de un rey podía y debía actuar como si fuera el señor o rey mismo en persona. Jesús llama, luego es Dios quien llama. Es una llamada imperativa de Dios mismo (que habita y habla en Jesús), ante la cual los llamados no pueden titubear sino que han de aceptarla y seguirla, renunciando a toda su vida anterior: « (Simón y Andrés) *Al instante dejaron las redes y lo siguieron*»... «*Ellos (Santiago y Juan), dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron*».

Es sintomático que de las seis personas que son "llamadas" por Jesús en el evangelio de Marcos (los cuatro de hoy más Mateo y el joven rico), tan sólo una le dé la espalda y no le siga, y que esta persona sea alguien muy rico.

Otro dato significativo es que las cinco respuestas afirmativas son obtenidas **en la orilla del mar**. En la tradición bíblica el mar es siempre mirado con recelo. Los israelitas no fueron un pueblo navegante, y el mar era para ellos lugar de peligros y de muerte que acechan al hombre; no en balde en el mar sitúan las primitivas tradiciones a monstruos mitológicos como Leviatán y Rahab⁴. No es casualidad que muchas veces aparezca Jesús predicando y realizando signos en el mar, en contraste con las aldeas, lugares cerrados donde Jesús suele ser rechazado o donde anida la cerrazón ortodoxa de la Ley.

¹ Mc 1,16-10; 2,13 y paralelos

² Mt 8,19-22/Lc 9,59-62

³ Jn 1,35 ss

⁴ En el folclore judío, Rahab es el nombre de un demonio marino, un dragón del agua, el gobernante del mar

Simplistamente podríamos decir que mar implica "mente abierta", frente a la "mente cerrada" simbolizada por la aldea o la ciudad.

Jesús llama, pues a estos primeros cuatro, a ser *«pescadores de hombres»*. No sé si se han fijado alguna vez en qué es lo que significa eso de *«pescar hombres»*. *«Pescar hombres»* es una expresión parabólica, es una metáfora, y esta irremediamente unida al mar. En *«pescar»* está presente la metáfora del agua. La visión del mar queda reducida a los aspectos peligrosos que tiene para el hombre, zarandeado por las olas y amenazado de sucumbir en un medio que no es el suyo (símbolo de la alienación-postración). Sacar a un hombre del mar, *«pescarlo»* es, pues, sacarlo del peligro. Los discípulos son llamados para "salvar personas" de toda situación que les aliene y les postre. El reinado de Dios que Jesús proclama implica necesariamente la liberación del hombre de toda atadura, pues *«que Dios reine»* implica que se cumpla su voluntad. El bautismo de Juan consistía en sumergir a los hombres en el agua para purificarlos; el bautismo de Jesús va a consistir en *«pescar»*, es decir, en sacar a los hombres del agua para salvarlos. La metáfora del agua aplicada aquí al hombre es negativa: a diferencia de lo que supone para los peces, el agua no es el medio natural del hombre; el hombre se ahoga en el mar, no puede pervivir en él. Este contraste se prolonga en la metáfora de pescarlos: para los peces supone la muerte; en el caso del hombre supone la vida. ***«Pescar hombres» implica, por tanto, «dar-devolver a la vida» a quienes están a punto de perecer.***

A partir de esta presentación programática, el relato se especializa. ¿Dónde va a bautizar Jesús? ¿Dónde hay que hacer fluir-presente el espíritu-amor de Dios? ¿Dónde hay que pescar? ¿Dónde hay hombres ahogándose? La respuesta va a ser: por todas partes. Y lo veremos a lo largo de su evangelio: pobres, hombres, mujeres y niños marginados, pecadores, impuros, enfermos, desclasados...; en el ámbito de la sinagoga, en el ámbito familiar, en el ámbito social, en el mundo entero..., por todas partes.

Si la metáfora *«pescar hombres»* tiene este sentido liberador-salvador de la postración, y si esta expresión viene relacionada en el comienzo del evangelio con la *«presencia del reino de Dios»*, entonces se ve que el evangelio está mostrando que *«reino de Dios»* tiene un sentido primigenio de liberación, de sanación, de levantamiento de postración, de dar vida, de *«vivir»*. El ámbito del reino de Dios es la vida.

Aquí, en este principio condensado y fundamental del evangelio de Marcos: Jesús llama para pescar, es decir, para dar vida.